

# Mariano Bilbao

---

*Mariano Javier Bilbao, nacido en la ciudad de Córdoba el 28 de Junio del año 1981, es Escritor, Licenciado en Comunicación Social y Docente, por orden cronológico.*

*En el año 2008 coordina la creación del libro de cuentos titulado “Cuentos Inesperados” realizado por alumnos de 2º A del colegio IPEM 310 Puerto Argentino de la Ciudad de Córdoba.*

*En el año 2009 coordina la creación de la novela titulada “Cuentos novelados de 2º A. Antología de cuentos inesperados (que nos perdonen los del año pasado. Y bueno, es lo que hay)” realizado por alumnos de 2º A del colegio IPEM 310 Puerto Argentino.*

*En el 2010 se prepara para publicar su libro “Cuentos para Viajantes antes de Dormir” en proceso de edición.*

*Mariano, esposo y padre, crea y recrea su obra y la muestra en la cotidianeidad.*

[bilbao\\_mariano@hotmail.com](mailto:bilbao_mariano@hotmail.com)

☞.....☞

## Cuarto de Juguetes

El osito se levanto del sillón cuando la puerta se cerró. Observó curioso a ambos lados de la inmensa habitación de paredes azules oscuras o negras, muy bien no se veía...

“¿Cómo había llegado hasta allí?” Se pregunto el oso. La oscuridad de la noche lo envolvía como si fuera una presa en el poder de la telaraña. Se sintió inseguro. Quería escapar. Volver a su vida de antes, de bosques frondosos, de cuevas y de miel. Él era un oso joven, no más de tres años de vida, aun le quedaba mucho por delante. Su cuerpo le dolía, ¿Que hacía él en esa casa, o era solo una habitación? De chico aprendió a no confiar en los humanos

“Humano es igual a cazador”, le decía su madre, “aléjate de ellos o cuando seas mayor hazles frente esperando la muerte”.

Pensó un instante el osito, se miro sus patas y se dijo a sí mismo en su idioma osezno “tengo hambre”.

¿Que habrá mas allá de la puerta? ¿Un nuevo paraíso de flores y avellanas, de pájaros que corres como si fueran plumas llevadas por el viento?

Se detuvo... sus piernas estaban débiles. No podía caminar... sentía hambre... sed... temor. Eso era, sentía horror por lo que pasaba. Él era solo un osito. Y su mundo había conspirado contra él cuando lo dejo abandonado en esa casa que no se entendía de quien podía llegar a ser. ¿De una familia bondadosa? ¿Capaz que de un cazador?... Eso es, esto es el hogar de un cazador furtivo sediento de sangre, con grandes colmillos como se lo había imaginado de niño. Pero el osito era un cachorro, no tan chico pero siguiendo la naturaleza aun necesitaba de la protección de sus padres. Así que haciendo un esfuerzo mayor pudo arrastrarse hasta la puerta, el dolor que sentía por su cuerpo era grande pero no le impediría escapar. Aun tenia vida para luchar hasta el final, no se dejaría ganar.

Avanzo, avanzo y avanzo, llego a la puerta y deslizándose lentamente como en una repetición a cámara lenta de una jugada de gol en un partido de domingo pudo llegar a ponerse en posición vertical. Tanteo con sus patas una deformidad de la pared, y

sin darse cuenta encendió la perilla de la luz. La habitación se iluminó y la majestuosidad del lugar dio rienda a la imaginación desbordante del oso. Era un cuarto de juguetes, lleno de pequeños muñecos, camiones, aviones, luces y colores... la magia reinaba en ese lugar. El sol se había metido en cada rincón de esa habitación. El osito miraba maravillado por tantas bellezas, entonces se derrumbó... cayó al piso nuevamente... el dolor era muy grande.

“Seguro que estoy en el cuarto de los cachorros del cazador, que apiadándose de mí, impidieron que su padre me hiciera pasar a la otra vida”, pensó el osito, “seguro que me cuidaran, me darán de comer y me tratarán como a un rey”, así imaginando de por vida que sería feliz el osito se arrastró nuevamente hasta el sillón pero no pudo subirse... dolía mucho. En eso sintió pasos.

“Son ellos”- se dijo el osito- “me vienen a buscar y a darme de comer”- se ilusionó nuevamente. La puerta se abrió. Dos pares de pies se asomaron por la misma. La incertidumbre rondaba por la cabeza del osito. Incertidumbre y certeza de que nada malo pasaría. Que pronto sanaría y sería libre de nuevo. La paz rondaba por su mente y por su ser sin movimiento, esperando que esos pies decidieran a hacer lo suyo. Fue entonces que los pies hicieron la acción esperada, conjuntamente con unas manos que lo tomaron, y lo depositaron bruscamente en el suelo... osito no gritó, tenía miedo ahora.

Los pies se deslizaron sobre su espalda, lentamente y luego más rápido, mientras una voz desde arriba de osito se preguntaba “¿Cómo habrá llegado esta piel de oso al suelo?”

∞.....∞

## **Viajar en colectivo**

El viajar en colectivo es una aventura conmovedora. Lleno de misterios y aventuras en el transcurso de un viaje cotidiano.

Subir y sentarse ya de por sí es complicado, porque sino sube la típica mujer con diez niños a cuestas y uno en la dulce espera entonces aparecen señoras que lo único que piden es Tú asiento. Y vos se lo das.

También es diferente el momento en que lo tomas, no es lo mismo a la mañana temprano donde el ómnibus rebasa de personas que asisten a estudiar, a trabajar o simplemente a observar como se da la sociabilidad entre pasajeros, al transporte de la tarde o de la noche donde la disminución de los individuos es mucho menor en consideración de la actividad matinal.

Pero es aquí donde me pienso detener, en mi aventura, la que viví hace unos años y que no pienso olvidar, y que espero contarles a continuación.

Recuerdo que era una mañana gris de invierno, no retengo la fecha exacta pero si el mes, era comienzos de Julio, donde el fragor del frío se hace sentir. Esa mañana, como decía, debía asistir al colegio, por ese entonces cursaba el tercer año de la escuela secundaria. Me vestí, desayuné y partí con el acorde saludo de mis padres. Hasta aquí todo normal. Todo correcto. La monotonía de la espera del único bus que me llevaba a destino era interminable.

Las caras largas por el tenso agotamiento de la espera de las demás personas que junto a mi colaboraban en una comunión por la esperanza que llegara el colectivo era terrible.

Pero todo comienzo tiene un final, y es así que luego de una ardua paciencia el desvencijado transporte llegaba y tras parar accedíamos a duras penas al colectivo.

El chofer con más sueño que uno mismo extendía su mano para recibir nuestro pago y a cambio obteníamos un boleto que aseguraba nuestro pasaje.

¿Asegurar dije? Que chiste de la vida, un papel más pequeño que un dedo es nuestro seguro de viaje.

Es así, que luego de observar el boleto, intente fijarme donde me podía sentar, como hacemos todo cuando subimos a un transporte publico, pero me di cuenta de que si venia abarrotado de gente era por inferencia lógica que no había lugar disponible.

Y así comenzó mi viaje, callado, pensativo como todos los demás. A los quince minutos alcancé a divisar un asiento vacío que me sonrió. Nadie se sienta. Entonces, súbitamente aprovecho la ocasión y me reclino cómodamente en el asiento. Un señor anciano se encuentra a mi lado, tendrá unos ochenta años, su mirada triste por el paso de los años acompaña el lúgubre paisaje que nos ofrece la ciudad. Me mira. Se ríe.

Me siento incomodo porque no se que es lo que fijándose en mi le hace reír. Su risa cada vez es más pronunciada.

Los demás pasajeros comienzan a observarnos. Me sentía en ese momento bastante incomodo. El hombre tose y me dice “Discúlpame, no fue mi intención”. No le digo nada. El viejo sigue con su monologo: “Ayer tuve un día terrible, igual a todos los días de mi vida. Viajé en éste mismo colectivo a ésta misma hora sin siquiera imaginar que hoy era el día. Tantos años en este desparpajo de ómnibus y al fin es el día”. El viejo estaba loco, pensé, crisis nerviosa o algo parecido. Después de lo que dijo no habló más por unos minutos.

De repente el colectivo tembló, la gente comenzó a gritar de manera desenfadada.

“Se cortaron los frenos”, gritó el chofer desesperado. La desesperación aumentó.

Un automovilista que seguramente venia despistado se cruzo por la mano derecha delante del colectivo, éste viró hacia la izquierda poniéndose en dos ruedas haciendo equilibrio.

“No son solamente los frenos”, me dijo el viejo serenamente mientras yo luchaba por mantener el equilibrio y la cordura, luego el anciano acotó “el colectivo se va a prender fuego”. Y tras decir esto una llama fulminante comenzó a salir de adelante y de atrás del bus.

El pánico fue mayor.

“¿Usted como sabe todo esto?” pregunte aterrorizado, “¡no ve que vamos a morir todos!” exclame con viva desesperación.

“Todos no, me respondió” y tras decir esto atravesó las paredes del colectivo desapareciendo en el humo que se desprendía del mismo.

Es así que me convertí en un fantasma, como aquel viejo, presenciando accidente y demás. Un alma en pena con un boleto que nunca he de tirar.

☪.....☪

## La Musa

*¡He aquí el agujero de la tarántula!  
¿Quieres Verlo? Aquí está tendida su red; tócala, haciéndola estremecer.  
Friedrich Wilhelm Nietzsche*

Hace una semana que Mauricio se había sentado a escribir.

Adoraba el sentir que sus manos y su corazón inventaran nuevas historias.

Él sólo se tranquilizaba y su espíritu le permitía escribir. Volar más allá de los límites de su conciencia.

Pero hoy era distinto. Hacía una semana que no podía plasmar en el papel sus ideas.

No tenía nada en su mente.

Nada de nada.

Un vacío torrencial le invadía.

Su mente y su corazón no respondían a su pedido de crear.

Impaciencia y desazón recorrían su ser.

¿Por qué justo a él? ¿Y en éste tiempo en qué necesitaba explayar sus deseos y esperanzas?

Al fin la había conocido.

Era hermosa como un ángel.

Delicada como el cristal.

Dulce como el chocolate.

Era el ser más bello.

Y ni siquiera ella le inspiraba.

Su musa de toda la vida le había abandonado.

Se levantó de su silla.

Miró hacia la ventana de su habitación que daba a la calle. El silencio de la siesta era aterrador.

¿Dónde estaban los niños que gritaban? ¿Dónde estaban las mujeres con su continuo cuchichear?

Ni los perros, ni las aves se daban cita en su vereda.

Mauricio se sintió desfallecer. Ni una brisa tenue se colaba por su ventana.

Suspiró.

Ahora se dirigió a su cama y se recostó. Pensando en ella.

De repente sintió algo sobre su pie.

Como miles de punzadas.

Sobresaltado intentó ver que era. Pero no había nada.

Escalofríos sintió el pobre Mauricio, el escritor sin inspiración.

Ahora las punzadas las sentía sobre su espalda. Subían hacia su cuello. Y de reojo la vio. Una araña grande y peluda, de color negro le miraba sobre su hombro.

El miedo se apoderó de Mauricio quien con su mano se la sacó súbitamente.

La araña gritó.

“¿Una araña puede gritar?” Se preguntó el atemorizado Mauricio.

Se acercó al cuerpo del animal que yacía sobre la cama. Nuevamente estaban frente a frente. La araña y el escritor. El animal y el hombre. Como tantas veces la naturaleza así lo dispuso.

“Una araña no emite voz alguna”, se decía convencido Mauricio. “Es imposible”.

La araña le miró y habló.

- Tus deseos han sido otorgados joven escritor- la voz del animal era dulce pero dura, con firmeza. Una voz femenina.

Mauricio creía estar soñando. “Una araña me habla, me he vuelto loco”, pensaba el joven.

La araña continuó haciendo caso omiso del rostro de curiosidad de Mauricio.

- Anhelabas una musa, aquí la tienes. Me enviaron a inspirarte. A llevarte más allá de la realidad para que puedas escribir para tu amor.

- ¿No se supone que las musas son bellas mujeres?- preguntó Mauricio sin ni siquiera pensar en lo que estaba diciendo.
- El cuerpo no es lo que importa, y tú lo sabes bien. A pesar de mi fealdad, muchos se han inspirado al verme, y al oírme. No desprecies lo que te vengo a ofrecer.
- Es que el verte sólo me lleva a escribir una novela de horror. No de amor.
- ¿Y qué es el terror? Sino el miedo a perder aquello que amas.
- Pero yo no he perdido nada... aún.
- Oh, ignorante escritor, sí lo has perdido. Aún no lo sabes, por eso he venido antes. La has perdido para siempre.
- ¿De qué estás hablando?
- Necesitabas dolor para poder escribir, y yo te lo he dado. El dolor de la necesidad de aquella que ya no estará...
- Dime vil animal, que no es quien yo creo que es... niégalo.
- Sabes que ella a estas horas duerme. Me deslice y con un beso mortal di fin a su vida. Tu amada no existe más en esta tierra. Tus deseos así lo quisieron.

Mauricio no lo podía creer, su amor había muerto por sus anhelos de escribir. Quien podría ser tan cruel para obrar de esa manera. Las lágrimas se deslizaban por su rostro. La había perdido para siempre. Su amor. Su vida.

- No te angusties escritor, estoy segura que con tu dolor, obras maravillosas escribirás. Tu poesía sabrá a dolor, a muerte, a pasión quebrada por la ausencia de tu alma.
- ¿Quién te ha enviado miserable criatura? ¿Quién es capaz de asesinar para qué otro escriba? ¡Dímelo, ahora! Porque si no te aplastaré como a una pulga. Eres una desgracia para tu especie- Mauricio estaba rojo de furia, y sentía que debía arrebatarse la vida a esa araña por lo que le había hecho a su amada.
- ¿Quién me envía? Ya te lo dije... tú.
- No mientas, dime la verdad, si es que valoras tu ser, y no quieres verte aplastada bajo el yugo de mi zapato.
- La verdad, como tú solamente la ves, es esa. Tus deseos fueron demasiado fuertes. Necesitabas escribir, tus pensamientos me despertaron de mi letargo. Y es así que puse marcha a mi plan. Pero no desesperes. Tus escritos te darán la gloria que tanto quieres. Pues todo tiene un precio.

Y tras decir éstas últimas palabras la araña se marchó, dejando tras de sí a un apesadumbrado Mauricio, quien con angustia y temor la veía marchar. No fue necesario constatar y verificar los hechos. La araña habló con razón. Su amada había muerto por envenenamiento. Un caso raro para la prensa. Un caso increíble para la sociedad. Pero Mauricio sabía quien lo había hecho. Su corazón pedía venganza. Su alma la muerte de su musa. La cruel araña era su musa inspiradora. Y él le daría fin. Se sentó en su silla, tomó su lapicera y sus hojas, y la novela comenzó. A través de sus páginas Mauricio se propuso dar caza a la bestia. Pero cuanto más cerca de ella estaba, más la araña se alejaba. El número de hojas crecían. Su inspiración renacía. Su primera obra maestra entre sus dedos se escurría. Y muy a la distancia, enterrada debajo de un limonero, una araña negra y peluda, esperaba con ansias que otro escritor enamorado y sin ideas sintiera la necesidad de convocarla.

